

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Después de una victoria comunista

Las primeras consecuencias

Supongamos que la revolución comunista ha triunfado; los odiados propietarios del campo penden de los árboles a merced de las aves de rapina, que van desmenuando sus esqueletos mientras acaban de extinguirse los siniestros resplandores del incendio de sus moradas.

Los burgueses de la ciudad han sido arrastrados por las calles y amontonados después en las afueras en edredones y rastreros que se confunden los cadáveres mutilados de los aristócratas con los de los banqueros, las autoridades y los renjistas.

El pueblo vive unos días de las existencias en tiendas y almacenes, en medio de repugnantes francachelos, para saborear el triunfo, al cabo de las cuales es preciso establecer la subsistencia normal conforme a las teorías que han dado el triunfo y prometido la felicidad al pueblo.

Dirán ellos, el Estado debe atender al individuo, oún cuando no trabaje, y además, procurarle toda clase de diversiones y placeres que han de hacerle feliz.

La primera dificultad que se presenta es que el Estado aunque posee todo el oro de los ricos y lo empieza a repartir al pueblo, éste no puede utilizarlo porque no existen ya alimentos. El Estado, entonces, los busca en el campo; pero el campesino rechaza el oro: prefiere guardar sus cosechas como cosa más positiva en la nueva situación de paro forzoso y voluntario en que la tierra ya no produce.

Entonces la lucha empieza entre la ciudad y el campo, lucha de clases de nuevo género.

Masas de ciudadanos hambrientos se lanzan contra los pueblos más próximos a las urbes; el campesino defiende sus existencias, pero ante el número ha de ceder y es explotado; a su vez aumenta el ejército de los hambrientos para ir a pueblos más lejanos; la lucha se generaliza y se extiende por todas partes a efervescencia y la muerte debilita a las masas, que van volviéndose de nuevo a la ciudad.

El estado, entretanto organiza a la población por la violencia de lo que puede haber entre los campesinos; no es eso lo prometido; el pueblo agrícola se siente explotado; el ciudadano destruido; el terror aparece para el de bardamiento, que hundirá al nuevo régimen y nuevos arroyos de sangre empapan silenciosamente la tierra.

Pero el terror no alienta, ni el paro fecundiza; hay que volver a la organización anterior y dejar las utopías; pero la vuelta no es fácil: el campesino se aferra a su tierra, y desconfiado del Estado y del obrero ciudadano no siembra más que lo que necesita; el obrero ciudadano el que inició la revolución y no sabe producir sino como adscrito a la máquina al dejar enmohecer ésta e inutilizarla, quedó desahogado y estéril.

El proletario campesino, mejor o peor, vive, porque sabe manejar la tierra, y aunque sin el elemento capital no la puede hacer producir mucho, para él y los suyos si lo consigue; al ciudadano no le quedan mas recursos que el socorro del Estado o la violencia; el socorro del Estado es difícil y escaso, pues ha de traerlo del campo a costa del campesino, y el campesino se resiste, produce el mínimo y lo oculta.

La violencia es peligrosa; el campesino acaba por unirse y

defenderse considerando al obrero ciudadano como su enemigo, que quiere apoderarse de lo suyo por la fuerza.

Y por la fuerza lo defiende.

Se restablece al fin un precario equilibrio volviendo el obrero ciudadano al trabajo, como antes gracias a la resurrección del capital, que volvió a poner en movimiento la fábrica y la mina.

Las multitudes liberadas por la utopía, vuelven a ser agarradas por la brutal realidad, y de tanta revuelta solo quedan charcos de sangre y montones de huesos en los que el mayor número pertenece al pueblo.

Antonio Monedero

El escepticismo masculino

Escepticismo apasionado.— Fíjate bien, porque esta es la verdadera razón del escepticismo. Cuando veas alguno que no cree que duda, que desdén las verdades religiosas, no busques la razón en su cabeza busca en su corazón. No tiene razón ninguna para dudar, tiene pasión. Y lo entiendo. Cuando estamos sujetos a una pasión, cuando tenemos un vicio, cualquiera que sea, desde la soberbia, que es el vicio más espiritual hasta la lujuria, que es el vicio más carnal; cuando tenemos una conducta desreglada naturalmente no estamos contentos con las ideas contrarias a nuestra conducta. El que es pecador, si asegura que piensa que hay Dios que hay justicia eterna, que hay otra vida, que hay infierno, que hay religión, que existe Jesucristo no puede estar tranquilo, tiene que tener tiene que avergonzarse, tiene que humillarse, tiene que corregirse, tiene que confesar que es un malvado... Y como esto es muy duro, prefiere no pensar en ello, y para no pensar prefiere dudar,

y para que no le hagan pensar prefiere decir que no debe ser eso verdad, que no está eso probado, que otros dicen otra cosa. Estos no tienen la lógica de la razón, tienen la lógica de la pasión; no tienen la lógica de la sinceridad, tienen la lógica del vicio. Por eso creer es mucho más fácil a los que son buenos, y es muy difícil a los que son malos. Por eso hay muchos escepticos entre los viciosos, y pocos o ninguno entre los virtuosos.

Remigio Vilarriño S. J.

Cosas "malas", de la Taberna

Malas las costumbres —Por que la taberna es la escuela de las peores. Los hombres de peor vida ya se sabe que desembocan, como el agua de una alcantarilla, en las tabernas, y de las tabernas en las casas de peores costumbres. La taberna es, no se puede negar, la escuela de todos los vicios más abominables.

ARTICULOS PARA REGALOS

La casa mejor surtida y más barata

Orencio Bernal

Calle S. Francisco 28 bajo

Manuel Poyato

Sastrería acreditada
Especialidad en uniformes
Medieras, 6

Imp. Emilio Garrido